

PQ6621

.T4

03

V.11



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

cap. de libros

38838

PERSONAJES

SOL DE SAN PABLO

DOÑA ESPERANZA ESPINOSA

SANTA SANTA

PRIMITIVA

BUENA

FOR. TADEA

MANQUINA

LA GARRA

Drama en dos actos y en prosa, estrenado en el
TEATRO DE LA PRINCESA el día 21 de Diciem-
bre de 1914

UN FAMILIAR DEL SEÑOR CARDENAL

La acción se desarrolla en un momento de la vida de la familia de don Juan, como se ve en el primer cuadro.

GERALD & COMPANY, 22 N. Y. ST. N. Y.

PERSONAJES

SOL DE SAN PAYO
DOÑA ESPERANZA ESPIÑEIRA
SANTA SAN PAYO
PRIMITIVA
PILUCA
DOÑA TADEA
MARIQUIÑA
DOÑA ÚRSULA
PACA
EL MARQUÉS DE MONTROVE
EL CARDENAL ESPIÑEIRA
ÁLVARO DEL REAL
DON TIRSO
DON ACISCLO
DON ANTERO
EL PADRE MUIÑOS
MARCELO
UN FAMILIAR DEL SEÑOR CARDENAL

La acción en Campanela, una ciudad que vive muerta como Brujas, como Salamanca, como Toledo, como Santiago...

ÉPOCA ACTUAL

DERECHA E IZQUIERDA, LA DEL ACTOR

ACTO PRIMERO

Una gran sala, en un gran caserón, alta de techos, recia de muros y con fuertes puertas de nogal labrado. Las colgaduras fueron chillonas, pero el tiempo ha suavizado el color; los muebles, con el clásico esfrado, son amplios, sólidos y ricos; los cuadros, pocos, grandes y de asunto religioso, tienen el fondo oscuro y el oro de los marcos apagado; sobre una mesa, de tablero de mármol, la reproducción en marfil de un crucero de caminos con cuatro gradas, el grupo de la Dolorosa con Cristo yacente en el regazo, y luego la cruz de brazos anchos y cortos; una pequeña vitrina y objetos de cristal. En el testero un retrato grande del Cardenal Espiñeira, primo de los señores de la casa, y actual Prelado de Campanela. En un ángulo otra vitrina grande. El piso es de madera; sobre la alfombra un brasero de bronce. Una gran araña de cristal, centrada de velas y que no se encenderá. Unas luces eléctricas, que contrastan, por lo mismo que son elegantes y modernas, con el tono austero y mohoso de la sala. La comodidad, venciendo y arrinconando a la severidad, demuestra una vez más que todo tiempo pasado fué peor...

Es de noche; en Abril. Lluéve.

ESCENA PRIMERA

TADEA y URSULA, sentadas en sillitas de paja, cosen los capuchones y los antifaces. A su lado otra silla pequeña, con un traje de máscara, abandonado sobre el asiento, como si alguien hubiera dejado momentáneamente la labor.

PRIMITIVA.—(De pie; pausa, trabajando.)—Muy primoroso le va a salir eso, doña Tadea.

TADEA.—Espero que sí, Primitiva.

URSULA.—Si hace un mes nos hubieran dicho que nosotras mismas prepararíamos los disfraces de nuestras hijas para el baile de máscaras de esta noche... ¿qué habríamos respondido?

PRIMITIVA.—De fijo que arrenegarían.

URSULA.—De fijo. Y, sin embargo, así es...

TADEA.—Cuando usted deja que vaya su Marquiñas y yo mi Piluca, alguna razón tendremos.

URSULA.—Muchísimas. Mire: que no es época de bailes públicos y, por consecuencia, que nadie puede figurarse que se trata de buscar una diversión extemporánea.

TADEA.—Exacto. Páseme la cera, ¿quiere?...

URSULA.—Que el motivo de allegar fondos

para sostener la Santa Institución del Refugio Nocturno, inclinó el ánimo de su Eminencia para autorizarlo.

TADEA.—Exacto. Y su Eminencia, ¿cómo sigue?

PRIMITIVA.—Bien del todo.

TADEA.—Yo le mandé el jueves unos hojaladres que hizo mi Piluca.

PRIMITIVA.—Le sabrían a gloria. ¡Qué manos tiene para los primores esa hija de usted!... Bueno; de casta le viene al galgo ser rabilargo.

TADEA.—Me supera, Primitiva; me supera.

PRIMITIVA.—¡Es cuanto se puede decir en alabanza de unas manos!

TADEA.—Gracias, mujer. Tome la cera, doña Ursula, y perdone. Siga...

URSULA.—...Y que nosotras no podíamos negarnos, cuando la Marquesa de Montrove organiza el festejo y cuando irá lo mejorcito de Campanela.

TADEA.—Exacto, sí, señora.

URSULA.—Iniciativa que salga de esta casa, tiene que ser muy laudable, y en persona de tantas virtudes, como la Marquesa, y de tantisimas como hay en su madre, que, por reunirlo todo en este mundo, es hasta prima hermana de

nuestro amantísimo Prelado, no puede admitirse ni un asomo de pecado en sus ideas.

PRIMITIVA.—Pues la señora vieja le refunfuña una miaja...

TADEA.—Claro. Preferiría que el dinero se recaudara de otra manera más piadosa, pero los fieles andan un poquito retraídos y no hay otro remedio sino el de buscar las limosnas con sonajas y cascabeles.

URSULA.—Exactísimo.

TADEA.—Pero nosotras podemos tener la conciencia tranquila. No cabe duda de que es permisión de Dios cuando el señor Cardenal lo autoriza; pero confesemos que también parece cosa del diablo.

PRIMITIVA.—¡Ay, no lo nombre, doña Tadea, que es sábado y anda suelto!

TADEA.—Dices bien.

PRIMITIVA.—Conjúrenlo, por si acaso.

TADEA, URSULA, PRIMITIVA.—*(A un tiempo.)*
—¡Jesús, Jesús, Jesús!

(Y las tres, luego de haberlo dicho lentamente y espaciado, se persignan.)

PRIMITIVA.—Conviene tenerlo a raya, que el enemigo es enredador, y los sábados, que le dan

licencia para fechorías, son muy peligrosos.

URSULA.—Verdad es.

TADEA.—Verdad. Páseme la cera, doña Ursula, que el hilo está empecatado y hace nudos a cada momento.

ESCENA II

DICHOS y el PADRE MUIÑOS, por el foro.

P. MUIÑOS.—Buenas noches.

PRIMITIVA.—Buenas noches.

TADEA.—¿Llueve?

P. MUIÑOS.—Llueve, sí, señora.

PRIMITIVA.—¿Pero quién le conoce, padre Muñños?... Nuevo el manto... ¡y nueva la sota-nal! ¡Ay qué dineral le habrá costadol!

P. MUIÑOS.—Mucho, mucho...

PRIMITIVA.—¿Se lo hizo en casa de Longeira?

P. MUIÑOS.—No, no. Bien pude, que nada escatimaba en el gasto esa bondadosa señora doña Soledad de San Payo, Marquesa de Montrove, a quien sus íntimos, en refulgente abreviatura, llaman Sol, y los desvalidos llamamos sol y bendición, ángel y señora.

PRIMITIVA.—¿Se lo mercó doña Soledad? Pues no me lo dijo.

P. MUIÑOS.—Siempre hace a un tiempo dos favores: el de hacerlo y el de no decirlo. Pero en mí está la deuda de proclamarlo.

PRIMITIVA.—Son muy buenos mis amos, ¿verdad usted?

P. MUIÑOS.—Esta casa es la predilecta de Señor. Si aún corrieran las horas de fundar tronos, de aquí saldrían Príncipes y Reyes, ungidos por la gracia divina.

PRIMITIVA.—Yo no digo que sean reyes.

P. MUIÑOS.—Ni yo; digo que lo merecen.

PRIMITIVA.—¡Ay, eso sí, señor!

P. MUIÑOS.—Doña Esperanza es la digna compañera del Patriarca don Tirso de San Payo; el Marqués, un caballero honrado y leal; los pequeñuelos, dos angelotes, que ya demuestran en sus nueve y en sus diez años, la estirpe generosa de donde proceden, y la señora Marquesa, como la mujer fuerte de las sagradas escrituras, propaga su nombre y su raza, la enaltece y glorifica a Dios, en ella y en los suyos.

TADEA.—Exacto, Padre Muñós; aquí se ve la mano de Dios. ¿Me da esa condenada cera, doña Ursula?

URSULA.—Quédesela. ¿Y qué calaverada es ésta, Padre Muñós; que usted no es trasnochador?

PRIMITIVA.—Le habrán dado los hábitos ahora y vendrá a lucirlos...

P. MUIÑOS.—No, no. Es que hoy viene aquí el señor Cardenal Arzobispo, y como yo tengo la desgracia de que no me permitan el acceso a Palacio, ha querido la señora Marquesa facilitarme esta ocasión de hablarle...

PRIMITIVA.—¡A ver si le dan un curato, hombre!

P. MUIÑOS.—No pido tanto. Que me devuelvan las licencias para predicar y decir misa... y ganarme el pan. No es decoroso que mi pobreza vaya siempre detrás de la limosna.

TADEA.—Y para la entrevista, lo pusieron tan elegante, ¿eh?

P. MUIÑOS.—Para eso, sí, señora; para eso. No estaría bien que yo me presentara deshilachado y mugriento ante su Eminencia... ¡No estaría bien, ni aun para hablarle de la miseria y del hambre que padezco injustamente!

(Ursula y Tadea se miran, bajan la cabeza y siguen trabajando.)

Pausa.)

URSULA.—Siéntese, Padre...

ESCENA III

DICHOS y SANTA, por la derecha.

SANTA.—Hola, Padre Muiños.

P. MUIÑOS.—Buenas noches, doña Santa.

SANTA.—Primitiva: vete en un vuelo a llevar esos dos billetes, que los piden de casa de don Victorio.

PRIMITIVA.—¿Y yo voy a ir de noche por esas calles?

SANTA.—Andan los dos muchachos en recados también. Ve, que no te comerá el galán.

PRIMITIVA.—No me dieron susto cuando era razón de tenerlo, conque ahora, figúreselo.. ¡Pero el pasar yo sola por las Animas!...

SANTA.—Reza un Padre Nuestro.

PRIMITIVA.—En eso ya estaba... pero como le llevo billetes de condenación y es sábado... ¡le tengo miedo de veras, doña Santal

SANTA.—Aligera, aligera; que hay prisas.

PRIMITIVA.—Bueno...

(Y remoloneando, mutis por el foro.)

SANTA.—(Sentándose a coser.)—¿Llueve, Padre Muiños?

P. MUIÑOS.—Llueve, sí, señora.

TADEA.—¿Y la Marquesa?

SANTA.—Vistiéndose.

TADEA.—¿El traje que le mandaron de París?

SANTA.—Para eso lo pidió.

URSULA.—¡Me dijo Mariquiña que es de los escotados!...

SANTA.—Un poco.

URSULA.—A ver qué será ese poco, porque de París viene cada escándalo...

SANTA.—Acérquese, Padre. Ya está hablado el señor Arzobispo; con que usted le diga una palabra de respeto, le perdonará.

P. MUIÑOS.—Se la diré.

SANTA.—(Cariñosa siempre.)—Y no vuelva a las andadas, que ya ve usted las consecuencias.

P. MUIÑOS.—No volveré, no. Es decir, yo deseo no volver a causar un enojo a su Eminencia, ni a nadie... ¿pero quién me responde de mí mismo, cuando mi gran torpeza consiste precisamente en figurarme que predico la verdad?

TADEA.—No debe ser mucha verdad, cuando le amonestan.

P. MUIÑOS.—Cierto, sí, señora; y yo reconozco humildemente que la verdad es la de ellos, la de mis jefes y superiores: que en esta gran mili-

cia de Cristo, en donde todos somos iguales, la razón va por puestos y por jerarquías...

SANTA.—Mire, Padre Muiños, mire; pida el perdón sin comentarios y procure no discurrir nada, ¿sabe?

P. MUIÑOS.—Lo haré, que a ello estoy decidido... pero, a veces, me pasa que discurro sin querer.

SANTA.—Pues corrijase, que le conviene más.

P. MUIÑOS.—Lo sé perfectamente.—(*Entristecido.*)—Al ponerme esta sotana...—¡ésta no, la otra: la raída y la lustrosal...—yo pensaba que mi voz se debía alzar contra todas las injusticias de la tierra; y si eran injustos los hombres, contra los hombres tendría yo razón; si era injusta la Ley, contra la Ley prevalecería mi voz...

SANTA.—No discurra, no discurra.

P. MUIÑOS.—(*Sonriendo.*)—Es un vicio... lo reconozco. Y ya sé que para conservar esta sotana—ésta, la nueva...—haré mejor en cambiar el sonido de la voz y el eco de las ideas...

URSULA.—(*Aparte a Santa.*)—Es un buen hombre, pero díscolo. El señor Doctoral lo dice, y cuando lo dice el señor Doctoral, no falla.

SANTA.—Puede ser... Hágalo, Padre Muiños.

P. MUIÑOS.—Lo haré. Y voces e ideas y con-

vicciones, todo junto irá al arca de los secretos, y al arca le pondré siete llaves y siete cerrojos...

TADEA.—Ya verá qué bien anda sin ese peso.

P. MUIÑOS.—Sí, señora; sí, señora.

ESCENA IV

DICHOS y DOÑA ESPERANZA, por la izquierda.

ESPERANZA.—¿No concluyen?

URSULA.—Unas puntaditas...

TADEA.—¿Y los nietos?

ESPERANZA.—No hay quien los haga dormir... Están excitados con la curiosidad de ver los disfraces.

SANTA.—Es natural...

ESPERANZA.—(*Al Padre Muiños.*)—¿También a usted se lo parece?...

P. MUIÑOS.—Sí, señora...—(*Rectificándose en seguida.*)—No, señora.

ESPERANZA.—Para que sepa usted a qué atenerse, cónstele que mi primo el Señor Cardenal Arzobispo, transige con este baile; transige solamente. ¿Ha comprendido usted? Y yo exijo que esta noche oigan sus exhortaciones y que mañana ayunen, preparándose para confesar y recibir pasado mañana.

P. MUIÑOS.—Lo encuentro muy acertado.

ESPERANZA.—Y respecto de usted, le perdona por mis ruegos y porque yo he salido fiadora de la corrección de usted en lo sucesivo.

P. MUIÑOS.—Doña Esperanza, correcto lo fui siempre.

ESPERANZA.—Díscolo. El señor Doctoral lo califica así... pero aún confío en que hará usted honor a la generosidad de su Prelado, y al afecto de quienes le garantizamos.

P. MUIÑOS.—Sí, señora.

ESPERANZA.—Tirso desea hacerle a usted estas mismas observaciones.

P. MUIÑOS.—Las oiré con toda atención. ¿Está en su despacho? ¿Puedo ir?

(*Mutis por la izquierda.*)

ESCENA V

DICHOS, menos el PADRE MUIÑOS; luego PACA, por la izquierda.

ESPERANZA.—Si fuera dócil, ya le habríamos hecho canónigo, porque es bueno y es listo; pero esa rebeldía de sus palabras, lo mata; verdaderamente lo mata.

URSULA.—Verdaderamente.

PACA.—Señorita, los niños la llaman.

ESPERANZA.—No dormirán, no. El enemigo anda por la casa.

(*Mutis por la izquierda Esperanza y la muchacha.*)

URSULA.—¿Termina, doña Tadea? ¡Vamos a probárselo a las niñas!

TADEA.—Vamos. ¿Y usted?

SANTA.—Cuestión de minutos y voy también. Pero no entren en el cuarto de Sol; quiere darnos la sorpresa del vestido.

TADEA.—Bueno.

(*Recogen sus labores y sus dos sillas, y mutis por la derecha.*)

ESCENA VI

SANTA y ALVARO de uniforme, por el foro. (*Una pausa.*)

ALVARO.—(*Desde la puerta, a media voz.*)— Buenas noches, Santa.

SANTA.—(*Sonriendo pero sin alzar la cabeza.*)— Trabajo.

ALVARO.—Bien hecho.

(*Pausa.*)

SANTA.—(*Teniéndole miedo al silencio.*)— ¿Llueve?